

M. I. R. 1996
Bienvenida al Hospital

Distinguidos colegas,

En 1959, cuando dio su memorable conferencia sobre la dos culturas, Charles Percy Snow (*Baron Snow of the City of Leicester, 1905-1980*) vaticinó que la única solución para el desastre de la desigualdad existente en el mundo era la transferencia de tecnología; la extensión de los beneficios de la ciencia a los países más atrasados. A pesar de los pesares, de todos los engaños que nos hemos llevado y de todas las barbaridades que nos han sido presenciadas, ese diagnóstico sigue siendo exacto; las esperanzas de justicia y razón que podemos albergar están vinculadas, irremediablemente, al progreso científico. Se dice con monótona demagogia que los avances de las tecnologías de la imagen y de la información van a aniquilar la vieja cultura humanística. Pero nunca, más que hoy, ha sido más accesible esa cultura, y ello gracias a los avances tecnológicos

El ya clásico trabajo de Snow —*The Rede Lecture 1959: The Two Cultures*— es, a fin de cuentas, un debate escorado a favor de la cultura científica frente a la cultura tradicional, literaria, idealizada en el pasado. Para disfrazar, al menos, estos argumentos, y en cualquier caso, para obviar la división del conocimiento, se comparten con frecuencia -y ello es bueno- diversas manifestaciones de la creatividad humana o, aunque sólo sea, aspectos de la cultura.

Numerosos son los ejemplos de esa especie de conocimiento integrado. Así, químicos como Humphry Davy (1790-1868), Alexander Borodin (1833-1887) o Aram Khachaturian (1903-1978) cultivaron la poesía o la música; Salvador de Madariaga (1886-1978) y Herbert Spencer (1820-1903) ejercieron la ingeniería; Modest Mussorgsky (1839-1881) y Nicolai Rimsky-Korsakov (1844-1908) cursaron la carrera militar; Zane Grey (1872-1939) fue dentista; Pyotr I Tchaikovsky (1840-1893), abogado, y Ernest Ansermet (1883-1969), matemático. Dualidad que se refiere, solamente, a una múltiple acción personal, fruto del origen común de la creatividad humana y no implica, sin embargo, comunicación cultural entre las diversas expresiones del conocimiento.

Dentro de esta comunicación cultural, Literatura y Ciencia participan de una base común dentro de la historia cultural y social, aunque difieran en su función y su lenguaje. El lenguaje de cada una de ellas, literatura y ciencia, va encaminado a propósitos particulares; el lenguaje literario, en su creatividad subjetiva, puede llegar a ser un fin en sí mismo, en tanto que el lenguaje de la ciencia es instrumental para el logro de algo adicional y objetivo. Sus descripciones y cualidades son también distintas; ambas, con imaginación, buscan nuevas visiones del mundo.

En el primer caso se ha dicho que la literatura es la conciencia que el lenguaje tiene de ser eso, lenguaje; de tener una existencia independiente. La literatura puede hacer del lenguaje un ingrediente ingrátido, sin otro significado que sí mismo. En el otro extremo, la ciencia utiliza el

lenguaje como código de referencia para significar algo más lejano a él: un hecho, un significado, una pretendida verdad.

Literatura, pues, como buscadora de comunicación y de complitud de pensamiento. A ello se refiere Ernesto Sábato (1911-2011):

En el momento mismo en que las ciencias fisicomatemáticas me acababan de salvar, empecé a comprender que no me servían; eran un refugio en medio de la tormenta, pero nada más, aunque nada menos que eso.

Creatividad común al arte, a la poesía y, por qué no, a la medicina. Arte y ciencia, arte y medicina que, a pesar de una quizá simulada dicotomía, utilizan sus propios recursos para identificar y descubrir las supuestas verdades esenciales.

Así, con motivo de la exposición *L'âme au corps: Arts et sciences 1793-1993*, que tuvo lugar en las *Galeries nationales du Grand Palais* de París, en enero de 1994, uno de sus comisarios, Jean-Pier Changeux (n1936), director del laboratorio de neurobiología del Instituto Pasteur, escribió:

El artista y el científico pretenden lo mismo; hacer visible el mundo existente.

Más aún, Fyodor Dostoyevsky (1821-1881) llegó a decir:

Yo tengo mi especial visión sobre la realidad en el arte; lo que la mayoría llama fantástico y excepcional, no significa para mí sino la misma esencia de la realidad.

Todo este entramado lo reúne Roald Hoffmann, Premio Nobel de Química en 1981 (por sus teorías relativas al curso de las reacciones químicas), ensayista y poeta, el escribir hace unos años:

El acto creativo es intercultural e inherentemente altruista. Ambos, ciencia y arte, comparten elementos de una estética común. Por ejemplo, en esta estética hay lugar para lo simple y lo complejo: tan bello es un templo clásico griego como la estructura molecular dodecahédrica de los fulerenos; tanto llama la atención la riqueza de una iglesia rococó bávara como la perfección de los intrincados modelos funcionales de la ribonucleasa.

A lo que sigue en otro lugar:

Yo no tengo problema en hacer, o en intentar hacer, ambas, ciencia y poesía. Ambas surgen de mi intento de comprender el universo que me rodea, de mi personal regusto por la comunicación al enseñar lo que he aprendido, y de mi admiración por el lenguaje. Amo las palabras, sus definiciones y etimologías, sus orígenes y relaciones, el poder que tienen sobre nosotros.

Para concluir:

Hay algo que no es verdad: el que los científicos tengamos una visión más profunda de la función de la naturaleza que los poetas ... Quizá sea cierto en porciones muy pequeñas del universo.

Esto último lo zanja Carlos Quiroga en su obra *Cerro Nativo*:

No es el cóndor animal que pueda definirse con la simple certidumbre de los científicos. Es ave que ha alcanzado alta dignidad, y a nuestro honor y a nuestra prosapia incásica o curaqueña, cuadra colocarla en el alto puesto que le corresponde en la religión, en la historia, en la literatura, en el arte continentales, donde trazó su órbita legendaria [...].»

En esta relación de la literatura y la ciencia y en este ambiente, surge la pregunta: ¿cómo la literatura ha venido tratando los temas de la ciencia, lo de la medicina en particular, a lo largo de los siglos?; ¿cómo la literatura ha ido recogiendo la imagen de médicos y pacientes, y de la medicina misma?.

En la literatura clásica, las *Metamorfosis* de Publio Ovidio (siglo I) y *De rerum natura* de Lucrecio (siglo I a. C.), fueron anticipaciones científicas de ulteriores observaciones y descubrimientos. En *El Peldaño del sabio*, de Abu Maslama, en el siglo XI, se discuten en verso los procedimientos químicos para la separación de las gangas de los metales. Desde Geoffrey Chaucer, en el siglo XIV, en los *Cuentos de Canterbury*, muchos grandes poetas han tratado la ciencia de su día. A través de Christopher Marlow (siglo XVI) -en *Doctor Fausto*-, Ben Jonson (siglo XVII) —en *El Alquimista*- y John Milton (siglo XVII), ferviente ptolomeico, nos plantamos en el siglo XVIII cuando John Armstrong versifica la incipiente fisiología humana y aventura el comportamiento dinámico del organismo en *The art of preserving health*. Una vez más, la verdad poética se adelantó a su tiempo.

Con estos cuantos mojones podemos situarnos ya, si queremos, en nuestros mismísimos días. Así, en una de las más sugestivas novelas de los últimos años, dos amigos, de edad madura - como de edad tardía los refiere el autor- emprenden juegos demasiado peligrosos. Y en su larga metamorfosis Luis **Landeró (n1948)** plantea:

¿Cuál es la diferencia entre el científico y el poeta? Bueno, la ciencia si miente pierde su valor, y el poeta siempre dice la verdad, aunque mienta.

Visiones, pues, de dos mundos diferentes. En el de la literatura, se ama y se odia, se triunfa y se humilla, se alegra o se sufre, hay sosiego o desesperanza. En el de la ciencia, se fijan sus doctrinas y sus ideas a las concepciones del mundo por medio de un lenguaje que no es un simple utensilio neutral.

Mundos diferentes que no por ello dejan de participar de una base común dentro de la historia cultural y social. Mundos diferentes que cambian con frecuencia sus papeles. También en el de la ciencia se triunfa, y se alegra, y hay esperanza. Mundos diferentes, sin embargo, que no tienen

reparo en amalgamar sus discursos. Mundos diferentes que aúnan sus tratamientos cuando los asuntos científicos, o socio-científicos más bien, del campo particular de la medicina en nuestro caso, sirven de argumento, ya sea central o accesorio, al ensayo o a la fantasía literaria.

Vamos a centrarnos, un poco más, en la relación medicina-literatura. Dentro de ella, se puede considerar la presencia tanto del médico escritor o del médico héroe cultural en la creación literaria como la de las relaciones médico-paciente; la de situaciones clínicas concretas, o, incluso, la de la medicina en la creación literaria de ciencia ficción. Y, quizá, rondando la ficción, los mundos imaginarios de las utopías médicas. La literatura es un archivo, tanto de la crítica popular a la presencia social de la medicina durante casi tres milenios, como de la evolución social de la medicina y sus desarrollos científicos y técnicos. Más aún, la literatura custodia la emergencia de la nueva imagen del médico en el seno de la historia de la medicina.

Junto a las influencias globalizadoras de la medicina sobre la literatura, toda una colección de casos particulares se ha encargado, insistentemente, de diseñar caracteres y episodios médicos, y sus entornos sociales. Desde *El Enfermo imaginario*, de Moliere, hasta *Los tónicos de la voluntad*, de Ramón y Cajal; en el camino: Smollett, Swift, Zola, Balzac, Proust, Tolstoy, Shaw o Mann.

La variable formación médica de estos escritores y particularmente la carencia de ella en Mann o Tolstoy, no ha sido, sin embargo, inconveniente para que algunas de sus obras, tales como *La Montaña mágica* o *La muerte de Ivan Illych*, sean piezas maestras en diversos aspectos de la medicina social. Ausencia de formación técnica suplida en algunos casos por la raíz filosófica del pensamiento de los escritores. Por el contrario, la formación, e incluso el ejercicio médico, de buen número de escritores ha sido motivo del traslado de sus fantasías personales a las figuras literarias de ficción.

Entre ellos: Francois Rabelais, monje franciscano primero y benedictino después; se licenció en Medicina, en Montpellier, en 1537. Friedrich von Schiller, dramaturgo, poeta, historiador y filósofo alemán, estudió Medicina en Stuttgart. John Keats, uno de los mayores poetas románticos, estudió en el *Guy Hospital*. Arthur Conan Doyle se licenció en Medicina en 1881, en la Universidad de Edinburgo; inició, en 1892, una larga serie de noveles que hicieron de Sherlock Holmes, un personaje universal. Holmes fue el tributo de Doyle a uno de sus profesores en el *Royal Infirmary*, el Prof. Joseph Bell. Antón Chejov, médico ruso. O Somerset Maugham, que vertió sus experiencias como obstetra en su primera novela: *Liza of Lambeth*. Todos ellos son un buen preludeo a nuestro Gregorio Marañón. Basta un minúscula muestra de su vasta producción:

 Cuando se ejerce una determinada actividad en la vida, lo esencial es no entregarse en absoluto a ser actor de ella y menos aspirar a la categoría de protagonista.

A lo que añadiría Félix Marti-Ibáñez -murciano, Director del departamento de Historia de la Medicina en la Universidad de New York hasta 1972, año de su muerte-, en *To be a doctor* escribió

Ser médico es mucho más que dispensar píldoras, o hacer emplastos, o reparar los cuerpos o las mentes dañadas.

Entre los más próximos, Lewis Thomas ha sido uno de los médicos escritores que con mayor intensidad combinaron ambos cometidos. Graduado en la Universidad de Princeton, contribuyó a la identificación del virus de la encefalitis B. No deja de ser notable que, en las décadas siguientes, fue capaz de desempeñar las cátedras de Pediatría, Patología, Microbiología y Medicina Interna. La explicación es evidente; para él, y debido a su profunda formación científica básica, no se trataba de disciplinas diferentes, sino oportunidades para observar, desde distintos ángulos, la patogénesis de la enfermedad y los misterios de la biología humana. Ello no fue obstáculo para que desempeñara importantes cargos administrativos como Decano de la facultad de Medicina de la Universidad de Yale y presidente del Centro Oncológico del Memorial Sloan-Kettering. Tampoco lo fue para su vinculación a la investigación, como sucedió durante su estancia en la Escuela de Medicina de la Universidad de New York, en la que ejerció como profesor de Patología.

En *The New England Journal of Medicine* tuvo a su cargo la serie titulada *Notes of a Biology Watcher* y que, en su conjunto, publicó en 1974 como *Lives of a cell*. En el ensayo *Leech, leech et cetera* explora los caprichosos orígenes de las palabras; de él son los fragmentos siguientes:

Hace pocos años quedé atrapado en los bordes de un maravilloso campo de estudio: la filología comparada. Y me preguntaba por qué "leech" era la palabra para "doctor" y, al mismo tiempo, para las "sanguijuelas" utilizadas por el doctor durante muchos siglos. ¿Qué fue primero, "leech" el doctor o "leech" el gusano? ... La evolución del lenguaje puede compararse con la evolución biológica de las especies. ... Los dos "leeches" son ejemplo del mimetismo biológico del lenguaje. La raíz de "leech" doctor se retrotrae al origen del lenguaje: "leg" era una palabra con el significado de "to collet", que implicaba, en cierta manera, conocimiento y sabiduría. La misma raíz "leg" originó otra progenie, diferente de la de doctor, pero con significados pretendidamente relacionados: "lecture", "logic" y "logos", son ejemplos que gratifican el corazón de la medicina.

Y después de una serie de disquisiciones lingüísticas de este tipo, Thomas prosigue:

La medicina fue en otra ocasión la más respetada de todas las profesiones. Hoy, cuando tiene a la mano una ristra de tecnologías para tratar o curar las enfermedades que hace pocos años serían impensables, la medicina es atacada por toda una serie de razones. El viejo arte de la medicina se va perdiendo en el olvido. "Leech" devora a "leg".

Coetáneo de Thomas, Peter Medawar es uno de los mejores ejemplos de cómo los avances de la medicina se consiguen actualmente merced a la colaboración intensa de diferentes campos del conocimiento, y, por tanto, de personas con titulaciones académicas diversas. Zoólogo de título y formación, colaboró con Florey en los primeros tiempos del desarrollo de la penicilina, y se dedicó después al estudio de los mecanismos biológicos del rechazo de injertos; precisamente sus hallazgos acerca del control inmunológico de este fenómeno le valieron el Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1960. Su creatividad literaria se plasmó en sus volúmenes de ensayos. Su autobiografía, *Memoir of a thinking radish*, es lectura obligada para los que miran más allá del horizonte.

En 1991, con el título *The threat and the glory. Reflections on Science and Scientists*, se publicó un conjunto de ensayos de Medawar, seleccionado por David Pyke. En el prólogo de esta obra, aparecida en castellano en 1993, Lewis Thomas ha escrito:

Y estarán, por cierto, los estudiosos de la filosofía hurgando ávidamente entre las pilas de libros para tratar de comprender el siglo XXI y quizá descubriendo, a través de una atenta lectura de las obras de Medawar, que si nuestro siglo tuvo algún sentido fue gracias a la Ciencia. Era la convicción central de Peter, el origen de su confianza y su placer, su tenaz esperanza para el futuro.

Medawar no hacía sino actualizar a Calderón, quién en la *Estatua de Prometeo*, aseguraba:

Pues, moralmente se viera, que quién da luz a las gentes, es quién da a las gentes ciencia.

Junto a los autores citados, entre nuestros coetáneos son muchos los profesionales de la Medicina que han llevado los temas de su propio ambiente, ya fuera el científico o el social, y aun el mismo humano, a la creación literaria.

Por su parte, una nómina abundante de otros escritores, no vinculados al estudio o al ejercicio de la Medicina, han puesto su técnica y su estilo al servicio de temas médicos. Nómina, por otro lado, que incluye a buen número de escritores sobresalientes de todas las épocas. Hecho que abunda y justifica aquella afirmación de Thomas Mann, en 1924: La medicina, aquella subdivisión de las humanidades.

El mismo Snow, cuya referencia daba comienzo a esta exposición, es autor de un ensayo titulado *Human Care*—escrito años después de su obra al inicio citada— en el que subraya:

Antes, hice una sugerencia sobre el camino en el que la ciencia médica podía aprender de las humanidades. Ahora, la haré en sentido contrario. Si de nuevo hubiera de dar la conferencia sobre *Las Dos Culturas*, me figuro que recomendaría la biología molecular como el campo imprescindible para una educación completa en nuestros días ... El estudio de la biología molecular tiene otras ventajas. Es completamente fácil; puede comprenderse -incluso por los médicos- y practicarse sin

dificultades matemáticas o conceptuales. Es bonita y puede enseñarse con rapidez; y sus resultados se vislumbran en nuestro mundo, quizá al final de este siglo, quizá en el XXI.

Además de los médicos que practicaron la creación literaria y de los escritores que, sin formación científica, utilizaron imágenes de la medicina en sus argumentos creativos, la Medicina y la Literatura ofrecen aún una interacción adicional en las obras de médicos, representados, por ejemplo, por Ramón y Cajal y Marañón quienes con calidad literaria notable han avanzado las fronteras del conocimiento científico.

Marañón antepuso el hecho incuestionable que el hombre es, básicamente, un ser de cultura. Se esforzó por situar a sus personajes y a él mismo en un mundo que no fuese mero ambiente físico. La ciencia práctica es sólo una cara de la moneda. No hubiera sido posible sin la previa creación que realizó la ciencia especulativa, la libertad inalienable del propio pensar. Humanismo es mucho más conducta que, en sentido estricto, saber.

Todo ello no es baladí en el encuentro de Ciencia y Literatura, porque la preocupación literaria de los científicos alivia el conflicto entre las dos culturas y aumenta la utilidad social de sus relaciones. Muy en el fondo, la literatura alienta la misma ilusión progresista que la ciencia: que el mundo puede ser conocido y comprendido, que la vida de todos puede y merece y debe ser mejor.

En cualquier caso, de los errores y los desequilibrios fomentados en parte por la aceleración del progreso científico y tecnológico no puede salvarnos la vuelta imposible a ninguna Arcadia, sino un progreso más inteligente, más sofisticado y razonable, regido por la causa de la razón y de la dignidad humana, dentro y fuera del Hospital.

En el hospital en este Hospital, seis años les contemplan. Aprovechenlos.

PAZ y BIEN

Pedro R. García Barreno